



En el principio, la palabra

Rafael Fauquié
Universidad Simón Bolívar (Venezuela)

"¿Qué poder
tienen para
nosotros los

nombres?".
-Quien sabe
los nombres
sabe las cosas".
Platón: *Cratilo*

"Las palabras
no viven fuera
de nosotros.
Nosotros somos
su mundo y
ellas el nuestro".
Octavio Paz: *El
arco y la lira*

El mundo *es* en la palabra. La palabra nombra. Al nombrar, ordena; y al ordenar, crea. Las palabras construyen el universo porque ellas lo sustituyen. Antes de las palabras fue la confusión de lo innombrado, de lo inexistente. El desorden anterior a la creación del universo es el desorden de la ausencia de palabras. En *Cien años de soledad*, al hablarse de la fundación de Macondo, la voz narradora dice: "el mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre". En la gran mayoría de las culturas, el génesis de todas las cosas *es* en la palabra. La ausencia de ésta es oscuridad, frío, vacío... El *Enuma elish* de los acadios, habla de un húmedo desorden anterior al orden sólido y luminoso que permitieron la presencia de los dioses y las palabras: "Cuando al cielo arriba no se le había puesto nombre, ni el nombre de la tierra firme abajo se había pensado... cuando ningún dios había aparecido ni nada había sido nombrado con nombre..." Para los antiguos egipcios, de la palabra del dios Ra había surgido el mundo. El *Popol Vuh*, tras describir la negrura de un tiempo primero de desorden y silencio, concluye: "y entonces vino La Palabra". Para la tradición judeo-cristiana, la creación del mundo cobró forma en la palabra de Dios. En el verbo divino, dice la Biblia, comenzó el principio de todas las cosas.

Por la palabra, el hombre sustituyó la confusión universal por signos. Al nombrar la realidad, las palabras pasaron a formar, ellas mismas, parte de la realidad. Nada, ninguna cosa hay que sea independiente de la mirada que la percibe y de la palabra que la nombra. "Yo soy el único espectador de esta calle;/ si dejase de verla se moriría", ha escrito Borges.

"El pecado original -dijo Walter Benjamin- es el acto del nacimiento de la palabra humana". El pecado original fue la ruptura con una feliz ignorancia primera del hombre, muy cercana a la condición animal. Esta idea me recuerda muchísimo a lo que dice Cioran en su libro *La caída en el tiempo*: el inicio de la condición humana fue la ruptura con Dios, el fin de la permanencia en el Paraíso. El del Edén fue el tiempo de la felicidad del hombre apoyada en una absoluta cercanía con lo natural. La aparición de la inteligencia y sus signos esenciales: ambición, desobediencia, curiosidad,

desafío, señaló la diferencia entre hombres y animales, diferencia que tuvo como principio la aparición de las palabras. Ellas fueron el primer signo de la lejanía entre el hombre y la naturaleza, la forma intermediadora entre uno y otra. El ser humano ya no podría vivir feliz e ignorante como los animales porque entre el mundo y él se interponían las palabras. Sólo al comenzar a hablar los hombres se hicieron humanos.

Las palabras, cercanas, próximas a nuestra intimidad y experiencia, son o pueden ser más reales que las personas o las cosas. Las palabras forman parte de nuestra corporeidad. Dibujan nuestro mundo interior hecho de espacios y tiempos únicos. Ellas construyen nuestro lugar y nos convierten en eso que, genuinamente, somos. Fuera de las palabras que nos conforman y describen, es la incertidumbre, la suposición y el acertijo.

Las palabras existen, también, para ser disfrutadas en las voces y la escritura que las escogen. Vida de las palabras: color y brillo de sus significados, de sus formas y sonidos. Sonoridad de las palabras, musicalidad: deleite de apreciar la cadencia de cada palabra o de muchas palabras pronunciadas en alta voz. Disfrute de escribirlas y de usarlas para hacer con ellas eso que nos plazca; convirtiéndolas en nuestro signo: voz y máscara que nos proyecte o nos oculte. Briceño Guerrero, en su libro *Amor y terror de las palabras**, define a las palabras de cosa viva; física y corpórea: "podría -dice- acariciar la carne de las palabras, respirar su aroma".

Hay palabras rápidas destinadas a convertirse en aforismos, marmórea y exacta brevedad de un hallazgo que desearíamos congelar para siempre. Hay, también, la palabra lenta y destinada a convertirse en infinitesimal eslabón de algún inmenso todo. Existe una arquitectura de las palabras que puede apelar a la ligereza o a la pesadez. Nuestro tiempo, definitivamente, pareciera identificarse mucho más con la primera que con la segunda, con la rapidez más que con la lentitud.

Mi admiración por las palabras no me oculta una certeza: muchas veces ellas se revelan completamente inútiles o insuficientes, superfluas o innecesarias. Ciertos instantes de la realidad parecieran estar colocados por encima de ellas; llegando, incluso, a anularlas, desdibujarlas u ocultarlas. Las palabras se disipan en medio de las circunstancias que no las favorecen.

Palabra y forma del mundo; palabra y dibujo de la realidad; palabras constructoras o definidoras, palabras hacedoras: mundo como palabra. En su trabajo *Ideologías de la relatividad lingüística*** , su autor, Ferruccio Rossi-Landi señala la existencia de muy hondos particularismos identificados con cada lenguaje. "Toda lengua -dice un autor citado por Rossi-Landi, Benjamin Whorf- es un vasto sistema de modelos, en el cual se hallan ordenados culturalmente las formas y las categorías con las que toda persona no sólo comunica, sino también analiza la naturaleza, acepta o descuida determinados tipos de relaciones y de fenómenos, encamina su razonar y, en suma, construye la morada de su propia conciencia". Más poéticamente, Briceño Guerrero, ilustra estas ideas con sus propios ejemplos: "(Un) idioma tiene ochenta palabras para designar diversos tipos de arena y ninguna para

designar la arena en general. Si ésa hubiera sido mi lengua materna, el amor mío por las playas habría tenido dedos más numerosos y sutiles para acariciarlas minuciosamente desde ojos expertísimos”.

¿Hay lenguas superiores o inferiores a otras? ¿Existen idiomas más ricos o más complejos que otros? La respuesta es tan irrelevante como la pregunta misma. Lo realmente significativo es asumir que cada idioma prioriza una peculiaridad determinada en la correspondencia hombre-mundo. Todos son traducciones del universo, fascinantes reflejos de las perspectivas que los seres humanos poseen de él.

¿Cómo nacieron las palabras? ¿Cuál es su origen? ¿Son producto de un arbitrario acuerdo de las colectividades humanas o, por el contrario, forman parte de un orden natural de las cosas? Tempranamente, en los albores de la civilización occidental, en Grecia, origen de tantas explicaciones y de tantos desciframientos humanos, las dos tesis se enfrentaron. Para el mundo antiguo y para los griegos, las palabras eran un sustituto de lo nombrado, un reflejo de las cosas. La palabra, más que un concepto, era una representación. Pronunciar un nombre significaba aludir a la cosa nombrada, con todas sus cualidades esenciales. La palabra cobraba, así, valor de cosa y el mundo de los nombres y el mundo real se hacían una unidad. En su diálogo *Cratilo*, Platón opuso a esta visión la de la arbitrariedad. En el diálogo, dos personajes, Hermógenes y Cratilo, contrastan sus puntos de vista. Hermógenes defiende la idea de que las palabras sean el producto de una convención. "No puedo convencerme -dice- que la rectitud del nombre sea otra cosa que acuerdo y convenio. me parece que el nombre que se atribuye a una cosa es el nombre justo, y si se le cambia por otro y se abandona al primer nombre, el último nombre no es menos justo que el primero". Cratilo, por su parte, apoya la idea de una relación natural entre las cosas y los nombres. "¿Qué poder -le pregunta Sócrates- tienen para nosotros los nombres?". Y la respuesta de Cratilo es contundente: "quien sabe los nombres sabe las cosas". Para refutar los argumentos de ambos, el personaje de Sócrates (el propio Platón) extrema ambas interpretaciones llevándolas al absurdo. Si las palabras fueran producto de una convención totalmente arbitraria, entonces cada individuo o cada sociedad, en algún momento, podría cambiarlas a su antojo. Pero, por otra parte, si las palabras fuesen el reflejo exacto de las cosas, entonces el mundo todo podría duplicarse en las palabras. "Bajo el poder de los nombres -dice- pasarían cosas ridículas a las cosas cuyos son los nombres, si del todo se asemejaran ellas a ellos, porque todo sería doble, y no tendrías como decir cuál de los dos es la cosa y cuál el nombre". Sócrates-Platón apunta, pues, hacia su propia conclusión: ni convencionalidad absoluta ni duplicación. Las palabras son convenciones que obedecen a un *nomos*, esto es, a una norma o una ley. La existencia de la norma permitiría considerar a las palabras como "correctas", porque, a pesar de haber sido originalmente el producto de un acuerdo arbitrario entre los hombres, su uso las ha ido convirtiendo en norma. Así, lo que alguna vez fue convención, comenzó a imponerse como ley natural en razón misma de su "rectitud". La norma ha hecho de las palabras "naturaleza" que ninguna voluntad, individual o colectiva, podría cambiar.

El *Cratilo* fue, de muchas maneras, un remoto punto de partida de las modernas teorías lingüísticas. Fue la respuesta de la razón y la lógica frente a una primitiva concepción mágica del lenguaje. Con el correr del tiempo, la Razón llegaría a postular algo más extremo: las palabras no eran sino un instrumento de la lógica y de la voluntad humanas. La todopoderosa Razón identificó el origen de las palabras con un designio humano que las convertía en herramienta de la inteligencia, apenas un apéndice de la potestad de los hombres para convertirse en protagonistas del universo. Sin embargo, ya incluso en el tiempo de la Ilustración, en el siglo XVIII, ciertas voces disidentes retomaron la vieja idea del poder superior de los lenguajes. Johan Georg Hamman y Johan Gottfried Herder fueron dos pensadores antirracionalistas que rechazaron la idea de que el lenguaje fuese un instrumento creado por la lógica humana. Hamman sostenía que el lenguaje provenía de Dios y por El había sido entregado a los hombres. Por su parte, para Herder el lenguaje lo era todo, pues en él se apoyaba el pensamiento. Para él, toda la inteligencia humana, todo nuestro razonar era, esencialmente, un acto lingüístico; el pensamiento no era otra cosa que lenguaje interior. Las tesis de Hamman y Herder desembocarían en la visión del lenguaje de Guillermo de Humboldt, para quien la palabra, mucho más que nombrar el mundo, lo construía. De la época romántica de Humboldt, ha llegado hasta nuestros días la imagen de que las palabras son, de hecho, las constructoras de nuestro mundo humano. En palabras de Heidegger, en la cita que utilizo como epígrafe de este libro: “únicamente donde haya palabra habrá mundo”. En suma: ninguna realidad humana es ajena al hecho lingüístico. Nada existe fuera de las palabras. Al ser diseñadoras de la realidad, ellas mismas son, también, realidad.

Mundo como lenguaje, fundamento y verdad del mundo por la palabra y en ella. En 1920, Ludwig Wittgenstein, en su *Tractatus* afirmó que la única tarea posible para la filosofía contemporánea era el estudio de las palabras. El *Tractatus* de Wittgenstein, más que una filosofía lingüística, es un tratado de cosmología. En sus reflexiones, Wittgenstein sitúa las palabras desde la interioridad de un yo hablante y contemplador que percibe el mundo desde su punto de vista. El límite del mundo, dice Wittgenstein, es la palabra de cada quién. Mundo como lenguaje y mundo limitado a la humana capacidad de nombrarlo, mundo y existencia individual encontrándose gracias a las palabras; tal y como lo concibió Borges en su cuento “Tlön, Uqbar, Orbis tertius”: un universo donde las cosas existen sólo en la medida en que una mirada las percibe o una palabra las nombra. “Las cosas -dice Borges en su relato- se duplican en Tlön; propenden asimismo a borrarse y a perder los detalles cuando las olvida la gente. Es clásico el ejemplo de un umbral que perduró mientras lo visitaba un mendigo y que se perdió de vista a su muerte. A veces unos pájaros, un caballo, han salvado las ruinas de un anfiteatro”.

De la vieja percepción de un poder mágico asociado a las palabras, los hombres hemos llegado a la concepción de la palabra como origen del mundo, forma de lo que normalmente llamamos “Creación”; génesis de un universo humanizado. En ese sentido, aceptamos que, efectivamente, las palabras dan vida, hacen nacer las cosas. El hombre de hoy se acerca, así, a ese hombre del más remoto ayer que comenzó a hablar y que, gracias a sus

palabras, logró comunicarse con la infinita totalidad que lo rodeaba, trayéndola hacia su experiencia y su comprensión humanas.

Rafael Fauquié (Caracas, 1954). Licenciado en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello (1977). Postgrado en Sociología de la Literatura en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París (1979). Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Central de Venezuela (1984). Entre 1979 y 1985, Director de los seminarios de literatura venezolana en la Universidad Católica Andrés Bello. Desde 1980, profesor del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar, institución de la que es Profesor Titular y en donde ejerció entre 1989 y 1993 el cargo de Director de Extensión Universitaria. Ha publicado los siguientes libros: *Espacio disperso*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, col. El Libro Menor, 1983; *Rómulo Gallegos: la realidad, la ficción, el símbolo*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, col. Estudios, Monografías, Ensayos, 1985; *De la sombra el verso* (poesía), Caracas, Epsilon Libros, 1985; *El silencio, el ruido, la memoria*, Caracas, ed. Alfadil, col. Trópicos, 1991 (Premio CONAC de Ensayo, "Mariano Picón Salas", 1992); *La voz en el espejo*, Caracas, ed. Alfadil, col. Trópicos, 1993; *La mirada, la palabra*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, col. El libro Menor, 1994; *Espiral de tiempo*, Caracas, Fundarte-Equinoccio, 1996; *Arrogante último esplendor*, Caracas, Equinoccio, 1998, *Puentes y voces*, Caracas, ed. Sentido, 1999; *El azar de las lecturas*, Caracas, ed. Galac, 2001.

© *Rafael Fauquié* 2003

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

